



Madre Guglielmina Remotti

La 'Primera y sólida columna de la Obra del Amor'

¿Quién era Guglielmina Remotti?

Nació en Sale (Al - Italia) el 15 de septiembre de 1881 de María Antonia Giacobone y Giacomo. Recibió el bautismo el 19 de septiembre de 1881, en la iglesia parroquial de San Juan Bautista. De sí misma no escribió casi nada, pero la conocemos a través de los testimonios de Padre A. Boccio, de las primeras Hermanas, de las actas relacionadas con los primeros pasos de la Congregación. Guglielmina perdió a su joven madre cuando solo tenía tres años y su hermanita Giuseppina había nacido hace poco más de un mes. Ambas fueron confiadas a sus parientes. Tal situación le impidió asistir a cursos de estudios superiores, sin embargo - inteligente y decidida como era - logró formarse personalmente una buena cultura general.

Después de cinco años, el padre se volvió a casar y la segunda madre, Margherita Massardo, fue realmente tal para las dos pequeñas. La familia vivía en una casita construida por el mismo papá Giacomo, un experto capataz, en el callejón de la Vía Giacomini en Sale. Y en esa casa murió en el verano de 1923. Mujer fuerte y trabajadora, a pesar de su aparente fragilidad, Guglielmina, bajo la guía de Mamá Margherita, había iniciado un verdadero taller doméstico - ocupando hasta una veintena de jóvenes - y allí puso de manifiesto sus raras dotes de creatividad y buen gusto, al punto que sus trabajadoras la definieron: "una artista nacida, sensible a todas las expresiones de la belleza."

El pincel que tenía a su disposición en su laboratorio era la aguja: con ella realizaba verdaderas obras maestras de bordado y al mismo tiempo enseñaba el arte a las jóvenes aprendices que lo utilizarían como medio de sustento durante toda la vida. Con sencillez transmitía a las discípulas su saber, y ellas salían de aquella casa realmente formadas como mujeres cristianas, con una cierta apertura mental, y como bordadoras expertas. Algunas de ellas la siguieron más tarde también en la elección de la vida religiosa.

Desde 1919, mientras **Padre Amilcare Boccio** aún está en el frente, durante la guerra, Guglielmina organiza las primeras reuniones de las jóvenes interesadas en la "**práctica**

de unión", una oración compuesta y difundida por el mismo Padre Boccio que, conociendo la fe y el compromiso de vida cristiana de Guglielmina, siempre vio en ella una colaboradora válida para dar vida a esa nueva Familia Religiosa que el Señor le había inspirado. Después de mucha oración y reflexión, Guglielmina también dio su sí al Señor aceptando la llamada para formar el primer grupo de aquellos que darían vida a la Congregación de las Pequeñas Hijas del Sagrado Corazón. Ella misma puso a disposición su casa, una "Pequeña Belén", en la que sin embargo no faltaba lo esencial: el deseo de ofrecer completamente la vida para conocer y hacer conocer, amar y hacer amar el Corazón de Jesús.

Madre Guglielmina, después del 25 de marzo de 1924, día en el cual inició la Congregación, asumió inmediatamente el cargo de Superiora y lo mantuvo durante más de treinta años, guiando a las Hermanas con suavidad y fortaleza, como un claro ejemplo de fe y de caridad activa. Ella formaba a las Hermanas en un clima laborioso, sí, pero también impregnado de silencio, constructivo, hecho de gestos normales vividos con conciencia y elegancia, alegría y libertad de espíritu, siempre controlado en sus manifestaciones.

En resumen, si Jesús era el modelo, cada uno debía conformarse a Él en pensamientos, palabras y obras. Por esto, toda la vida espiritual giraba en torno a la Eucaristía, presente en la Capillita de la casa desde el 22 de enero de 1925. Más allá de la Misa diaria, se daba una suma importancia a la Adoración del Santísimo Sacramento expuesto durante todo el día, incluso con el fin de reparación, y programado en turnos que debían respetarse rigurosamente. Las crónicas subrayan en algunas ocasiones la exposición prolongada incluso durante las horas nocturnas, con el compromiso de repetir, cada hora, las Letanías del Sagrado Corazón.

Cuando alguna gracia era realmente 'urgente', la oración se convertía en la única fuerza de intercesión. La Madre entretenía a menudo a las Hermanas a través de encuentros personales, conferencias y - más tarde - con cartas circulares o breves mensajes que en el momento oportuno hacía llegar a las interesadas, intuyendo sus necesidades. Su enseñanza fue inspirada por la fe, pero también rica en indicaciones prácticas relacionadas con las pequeñas cosas de la cotidianidad que debían convertirse en innumerables actos de amor para guiar las almas por el camino de la confianza que tiene como meta el Corazón de Jesús.

El primer grupo de Hermanas vivía el día a día, confiando en la divina Providencia que no dejó de hacerse tangible en mil ocasiones. Así, a la oración y al trabajo, se añadían momentos de recreación que relajaban los ánimos y transformaban incluso los inevitables inconvenientes de una convivencia así en bromas chispeantes de las cuales reírse a gusto.

Padre Boccio llegaba a la comunidad una vez a la semana - llegando agitado de Stazzano en bicicleta - y se le informaba regularmente de todo lo que sucedía.

Madre Guglielmina, además de la formación espiritual de las Hermanas, insistía mucho en el comportamiento - en el 'Etiqueta', que estaba muy de moda en aquel momento - para saber acercarse con amabilidad y buena educación a todo tipo de personas que encontrarían en su misión. Otro compromiso fue el de encontrar recursos para el mantenimiento de un grupo de Hermanas que se volvía cada vez más numeroso. Se dio un nuevo impulso al taller y comenzó un poco de comercio de capullos de gusanos de seda - en uso en el pueblo - pero no se descuidó el apostolado parroquial, organizando mejor la catequesis y las diversas ramas de la Acción Católica, y también se prepararon Hermanas enfermeras para la asistencia de enfermos en casa.

A su Congregación, Madre Guglielmina dio todo: el espíritu, la mente, la inteligencia, el corazón, el compromiso, las energías, la casa... a su Dios no le negó nada, ni siquiera cuando la cruz se hizo más pesada: probada en el crisol, nunca dejó traslucir al exterior su sufrimiento interior, siempre permaneció disponible para escuchar, consolar, animar e infundir esperanza.

Su fe se convirtió en raíz de la fidelidad y la confianza, abandono, confianza total, en una vida completamente enfocada en Dios, realizando así plenamente la invitación de Padre Boccio a ser ante todo almas contemplativas y luego activas. La oración debía ser el primer apostolado que enseñar a las Hermanas, una oración formada en el silencio y el recogimiento para vivir en profunda unión con Dios. Su solicitud materna, llevaba a menudo a la Madre a visitar a las hijas en su entorno de trabajo. Su visita a las casas filiales siempre era un momento de fiesta, un encuentro esperado y vivido en un clima de caridad fraterna. Ninguna situación vivida escapaba a la Madre, quien animaba a continuar en el camino del bien, a entregarse por la gente confiada a los cuidados de la comunidad, a colaborar con alegría y disponibilidad con los sacerdotes. Ella deseaba que cada Pequeña Hija se convirtiera en santa viviendo con fidelidad su propia vocación, que cada una brillara para la santa Iglesia.

Así vivió hasta el último día de su peregrinación terrena: con esa dedicación total que siempre la caracterizó, se dirigió a su Esposo tan esperado y deseado a lo largo de toda su vida, ofreciendo una vez más su vida por la Iglesia y por la Congregación. El último canto que la acompañó fue el Magnificat: himno de alabanza y agradecimiento contemplando las obras maravillosas que Dios realiza en aquellos que se encomiendan a Él sin reserva, sin jamás retirar el don entregado una vez por todas en su Corazón. Madre Guglielmina, de ochenta y cinco años, partió serenamente a la Casa del Padre el 8 de marzo de 1966, después de haber trazado una vez más, en el lecho de muerte, el perfil

ideal de la Pequeña Hija como ella y nuestro Fundador siempre lo habían tenido en el corazón:

"... ¡Soy toda para ustedes! ¡Siempre, especialmente en estos últimos días que me hacen sentir más fuerte el afecto! No las dejo huérfanas. ¡Hágase santas, luminosas para la santa Iglesia, unidas amorosamente por nuestra Obra! Desinhibidas y austeras, abiertas y prudentes, silenciosas y activas, generosas, siempre listas ante cualquier necesidad para la salvación de las almas: así, así, ¡como en los primeros tiempos! Las bendigo a todas..."

No pudo hacer mejor retrato de Ella nuestro Padre cuando la definió: "¡Primera y sólida columna de la Obra del Amor!".